

cará el premio cualquier año de esos y que Aleixandre se lo merece pronto porque "es viejo y está enfermo". Razón de peso. Según Ludkvist, sus candidatos al Nobel serían Lorca, si estuviera vivo —por la "vejez" sería un competidor de Aleixandre—; Cernuda, Alberti, Delibes, Matute, y, de entre los jóvenes, Blas de Otero y Valente. El especialista sueco cree que Esprú "sólo tiene interés para los catalanes. No es universal. No se puede comparar, por ejemplo, a Aleixandre. A Ludkvist tampoco le gusta Foix, ni Pla, ni Pere Quart (Joan Oliver). No se sabe por qué oscuras o diabólicas razones, el único escritor que satisface al sueco es Baltasar Porcel, aunque tendrá que esperar años pa-

prú tiene más importancia de lo que parece a primera vista: Joan Oliver no nos habla sólo de Esprú, nos habla de sí mismo, nos habla de su literatura, de su lengua. Y él sabe lo que significa luchar por imprimir carácter universal a la propia obra sin renunciar un ápice a las raíces que le han hecho a uno. Que una cosa es el universalismo y la otra la vaciedad de los que mimetizan otras tradiciones. Hay que recordar, también, que no es sólo a Esprú, o Foix, o Joan Oliver, a quienes se niega el pan y la sal. Josep Carner, dicen que uno de nuestros más "universales", también fue desbancado no hace muchos años como lo fuera Guimerá en 1904 por Echegaray y en 1913 por Tagore. Con todo,

no sólo hay en las literaturas llamadas "minoritarias", sino también en aquellas academias cuyos miembros desprecian grandes poetas y los consideran "no universales" por el simple hecho de escribir en una lengua de difícil comunicación. ■ MONTSERRAT ROIG.

Los bajos fondos del Goncourt

Los incidentes que rodearon la concesión del último Goncourt, junto al enigma cultivado por el autor distinguido en torno a su identidad, han hecho de La vida ante sí (1), la novela premiada, uno de los éxitos editoriales mejor orquestados de la temporada en Europa. En todo caso, no será ocioso advertir que, a estas alturas de su vida pública, el patriarcal galardón francés conserva del antiguo prestigio únicamente el nombre. Después de haber recaído en otras épocas en autores de la entidad de Proust (1919), Malraux (1933) o Simone de Beauvoir (1954), y como exasperación de una década aciaga para las instituciones del viejo tinglado literario, el Goncourt entró en crisis al galardonar, en 1967, La marge, de Pleyre de Mandiargues, proceso que se radicalizó en 1969, con la ruidosa dimisión de varios miembros del Jurado, al resultar premiada una lamentable novelita rosa, Creezy, de Félicien Marceau. En última instancia, los "graffitis" —"Liberar al Goncourt de la corrupción", "Los premios son folklore"—, atentados y detenciones de diversos escritores contestatarios, que amenizaron los preliminares de la última edición, vistos en relación con la honorable compostura de otros tiempos, son algo así como los estertores de una manera de concebir el espectáculo cultural.

Detrás de Emile Ajar, signatario de La vida ante sí, se escondía Paul Paulovitch, nacido en Niza hace treinta y cinco años, sobrino de Romain Gary, granjero en el Sur de Francia y autor de Gros-Calin (2), la atrabiliaria historia de las relaciones entre un hombre y una serpiente pitón. Luego resultaría que el autor había prevenido a su editor

contra la presentación de La vida ante sí a premio alguno, y una vez distinguido con el Goncourt renunció a él de forma irrevocable. Esta negativa, pronunciada con el conchabe editorial, desencadenó la prevista búsqueda del autor y el esperado jaleamiento del libro, agotando una nueva fórmula del negocio cultural.

Al margen de estas consideraciones sobre los alrededores festivos y comerciales del premio que ampara el lanzamiento de La vida ante sí, la vida de Emile Ajar constituye un insólito reclamo en el tedioso panorama de la novela francesa actual. A medias entre el alegato y la meditación, La vida ante sí compone una peripecia al borde de lo asombroso, en la que se conjugan, sin distorsiones escrupulosas, el realismo más brutal y la ternura más entrañable. El protagonista, Momo, es un niño árabe, hijo de puta, recogido por una vieja judía que se dedica a culdar —con dinero por medio— a estos seres nacidos por equivocación. En su relato, que es la crónica autobiográfica de las crueldades más inmediatas que asedian al indefenso protagonista, así como de su amor irracional por la vieja, se funden el testimonio y la cabalgada fantástica.

La novela, conducida por el discurso oral de un niño que utiliza una lengua prestada, funciona como narración a partir de una dinámica que galvanizan los dobles sentidos y las incorrecciones sintácticas y semánticas del protagonista. Paralelamente a este proceso lingüístico, discurre la trama argumental, no menos paradójica. Como fondo de la peripecia de Momo se contempla la progresiva descomposición de la vieja judía que lo protege y de toda la fauna que pulula por los bajos fondos del barrio parisino de Belleville. Viejos judíos que no pueden expulsar de sus vísceras la pesadilla de los campos de concentración y sobreviven en una vigilia atormentada, comparten la lucha por la vida con los emigrantes del tercer mundo y los marginados del lumpen. En lo que hace a la presentación de este conglomerado humano, Emile Ajar esquivó los "tics" usuales, aunque no consigue trascender la conversión de ese mundo en pieza exótica edulcorada para consumo del buen burgués. Se trata, en fin, de una superación toscamente epidérmica, que no va más allá de la erradicación de los viejos daguerrotipos mise-



Salvador Esprú y Joan Oliver: el universalismo de la literatura en catalán.

ra ser "viejo y enfermo" como Vicente Aleixandre.

Joan Oliver se preguntaba en un sarcástico y convincente artículo en el diario Avui sobre cuál era la "universalidad" de Echegaray o Gabriela Mistral y por qué el sueco estima superior un Juan Ramón Jiménez o un Quasimodo a Salvador Esprú. Para Joan Oliver, la "universalidad" de un poeta radica en su humanidad y eso depende del caudal sensorial, intelectual, imaginativo y cultural que haya aprehendido y de su capacidad para representarlo. Los temas dominantes en Esprú son el hombre y la muerte, la dignidad o la miseria de los mortales. También considera, sigo con Joan Oliver, la patria como un valor radical y da a la palabra una aceptación mundialmente compartida por los espíritus libres y sensibles. Que Joan Oliver defiende el universalismo de Es-

quizá la lección más elegante de todo este espectáculo teatral que se llama Nobel fue la que diera Jean-Paul Sartre, renunciando al premio y poniendo en entredicho el rigor de los sabios suecos. Neruda no quiso, o no supo, seguir el ejemplo. Lo que queda claro es que el Nobel ha entrado en una pendiente de desprestigio total.

De todas maneras, para la literatura catalana sería una excelente promoción "política" que un escritor catalán recibiera el Nobel. Si algo ha financiado la roñosa burguesía catalana durante estos cuarenta años no ha sido precisamente el dar a conocer la propia cultura más allá de la frontera. La única manera de no dejarse tentar por el provincialismo o el localismo —y en todas partes cuecen habas— es saltar las barreras de los esquemas obtusos, de los mundos pequeños y arterioscleróticos. Y de eso

(1) Plaza y Janés, Editores. 221 páginas. Barcelona. 1975.
(2) Próximamente será editada en España por Plaza y Janés.

La Ley para la Reforma Política es el paso más serio hacia la democracia.

Esta reforma, la de ahora, tiene un valor fundamental.

Porque introduce unas medidas concretas, de aplicación inmediata para la democracia de hoy, que partiendo del principio de que la soberanía pertenece al pueblo, determina que todos los españoles mayores de 21 años elegirán a sus diputados y senadores, mediante sufragio universal, libre, directo y secreto.

Y, sobre todo, porque la Ley para la Reforma Política, aprobada por las Cortes, sirve de base para que, sobre ella, se puedan dar los pasos sucesivos que la evolución de la democracia vaya reclamando.

**REFERENDUM
NACIONAL**
para la Reforma Política.

Infórmate bien, y vota.

rabilistas, hoy arrinconados en el baúl de las buenas intenciones del realismo.

Formalmente, *La vida ante sí* se inscribe en la corriente, hoy en abuso, del neoconvencionalismo, tendencia que integra algunos de los menos indigestos hallazgos experimentales en los cauces del relato tradicional. Escrita en un estilo lleno de dobles sentidos y de piruetas verbales cargadas de intención —resultado de los balbuceos lingüísticos del protagonista narrador—, la versión castellana apenas alcanza a suplantarse estas sugerencias con insípidos juegos de palabras. En última instancia, *La vida ante sí* da el tono del estado actual de un premio literario que tampoco ha sabido sobrelevar el reto de su historia. ■ ERNESTO ESCAPA.

Sobre Aragón

El pasado verano actuó en las fiestas de La Puebla de Híjar (Teruel) el grupo La Bullonera. Lo hizo en las escaleras que están junto a la entrada principal de la iglesia parroquial, después de que se hubiesen escuchado con abundancia y orden los gritos de "La Puebla unida, jamás será vencida", y antes, "Alcalde, escucha, La Puebla está en la lucha", a raíz de unos pequeños incidentes. Seguramente el hecho habría sido impensable sólo un año o dos antes, como lo era el hecho de los carteles que en las paredes del vecino Híjar protestaban contra la instalación de centrales nucleares en Escatrón y Sástago.

Razones profundas sobre el porqué de esos hechos y otros semejantes nos da ahora un libro editado por Movimiento Cultural de Aragón, que recoge las respuestas, a un cuestionario común, de calificados representantes de diversas corrientes de opinión aragonesas. En el cuestionario se pregunta por la alternativa entre reforma o ruptura para el futuro inmediato, sobre el papel de los partidos políticos y el de las nacionalidades y regiones, la conciencia regional aragonesa, su posible reflejo institucional, sus proyectos estatutarios, el abanico político aragones, la economía y el desequilibrio regional, el campo y su desertización... Contestan Carlos Forcadell (Partido Socialista de Aragón), Alfonso Horno (Federación Popular Democrática), Fidel Ibáñez Rojas (Partido Comunista de España), José Ignacio

Lacasta (Movimiento Comunista), Julián Muro (de asociaciones familiares), Ildelfonso Sánchez (Partido Carlista de Aragón), Pedro Pibernat (Partido del Trabajo de España), José Félix Sáenz (Partido Socialista Obrero Español).

Son muchos los temas y problemas que aquí se sacan a debate, pero acaso los relacionados con la autonomía y el empobrecimiento de Aragón sean los más frecuentes. Particularmente se fija la atención en la degradación de la agricultura, punto clave de la maltrecha economía aragonesa (según las "Tablas input-output y cuentas regionales de la economía aragone-



sa", elaboradas por la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, la agricultura sigue siendo el factor potencial más importante de la economía aragonesa). Autonomía, autogestión, planificación racional y democrática, canalización de recursos, regionalismo solidario, fiscalización del ahorro, etcétera... son propuestas de esta rueda de opiniones que configuran una interesante y plural aportación al futuro del país. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

La dialéctica de los sexos

Apelar a la salvación de la familia como "célula básica" de la sociedad es uno de los "tics" demagógicos clásicos de la derecha. Con esa asombrosa capacidad para la abstracción que le caracteriza, el ideólogo burgués

eleva a la categoría de arquetipo lo que no es sino manifestación histórica y como tal vinculada a un tipo determinado de sociedad. La moderna familia nuclear se convierte así en la familia por antonomasia, y cualquier crítica que se le dirija es interpretada inmediatamente como un intento de minar los fundamentos mismos del Estado.

Sin embargo, desde los célebres trabajos de Morgan y sobre todo de Engels a finales del siglo pasado se conoce con bastante certeza la evolución experimentada a lo largo del tiempo —un tiempo medible en milenios— por esa institución. Se sabe, por ejemplo, de la gradual contracción del círculo familiar desde un marco que originariamente abarcaba a toda la tribu hasta la moderna célula burguesa, compuesta casi exclusivamente por el padre, la madre y los hijos menores.

Desde la familia concebida como organismo político con un jefe de grupo que encarnaba toda la soberanía y gozaba de derechos absolutos sobre el resto de los miembros —ya fueran mujeres, hijos o esclavos— hasta el actual modelo monogámico sustentado en un contrato civil revocable bajo ciertas condiciones, el camino recorrido ha sido largo. Tan largo como la evolución, señalada igualmente por Engels, del propio eros, que a partir de un desexo sexual de naturaleza instintiva ha ido ganando, a lo largo de los siglos, en densidad espiritual de forma paralela al desarrollo de la subjetividad y la individuación en el ser humano hasta desembocar en el eros contemporáneo, problemático y cargado de angustia, como corresponde a una sociedad atomizada e individualista.

Es tal el grado de complejidad de la relación hombre-mujer en nuestra sociedad burguesa desarrollada que no caben ya interpretaciones simplificadoras, bien sean freudianas (todo se explicaría por un pansexualismo ahistórico), economicistas o de un vulgar materialismo histórico (incapaz de tener en cuenta el desarrollo del componente espiritual de esa relación).

Como señala Umberto Cerroni (1), en el cuadro diacrónico de las relaciones entre el hombre y la mujer coexisten, perfectamente articuladas, tres dialécticas: la de los sexos, que se esta-

(1) La relación hombre-mujer en la sociedad burguesa, de Umberto Cerroni. La traducción es tan vergonzosamente mala que uno recomendaría a Aka una nueva versión a cargo de alguien que conociese no ya sólo el italiano, sino también nuestra lengua.

blece al nivel de los instintos biológicos; la de las instituciones, que se refiere a los sucesivos modelos históricos de convivencia doméstica, y, por último, la de los afectos, relativa a los distintos modos de relación espiritual entre dos seres.

Sólo si distinguimos lógicamente entre esos tres niveles y consideramos su determinación histórico-cultural y su estrecha interrelación, evitaremos reduccionismos estériles y podremos comprender, valga como ejemplo, el porqué de la agudización del conflicto entre una institución rígidamente coactiva y centrada en la defensa y transmisión de los intereses patrimoniales como es el matrimonio monogámico y la fluidez característica del mundo moderno de los afectos. O entre unas relaciones sexuales sofisticadas y mercantilizadas, por una parte, y, por otra, una exacerbación enfermiza del lado espiritual de la relación hombre-mujer con total desprecio de lo sensible.

Habrà que superar las actuales relaciones socio-productivas, la división en clases de la sociedad y la privatización de la existencia práctica del individuo, e intentar una reestructuración de la sociedad sobre nuevas bases comunitarias —imposibles bajo el capitalismo—, viene a decirnos Cerroni como conclusión de su análisis, si es que pretendemos desdramatizar las relaciones entre el hombre y la mujer, hoy sujetas a hipocresías y toda suerte de desequilibrios.

La emancipación social que propone Cerroni traería como secuela inmediata una expansión ilimitada del mundo, hoy reprimido, de los afectos y contribuiría poderosamente a suprimir de una vez la distancia entre la hipotética igualdad formal de la mujer y su subordinación práctica al hombre en la actual sociedad burguesa. Esa, y no otra, sería la auténtica liberación, porque alcanzaría por igual a los dos sexos. ■ JOAQUIN RABAGO.

"El desencanto" y el ilusionismo

"El desencanto", el libro (1) tiene cualidades de objeto inquietante y mágico: documento sobre una película basada a su vez en "documentos" —las palabras directas, los testimonios de la familia Panero—, presenta un carácter casi hiperrrealista que, por una paradoja aplicable también al estilo pictórico así deno-

(1) "El desencanto". Elías Querejeta Ediciones. Madrid 1976.